

pedos resbalaban en el fango y había momentos en que, por lo recio de la tormenta, todo el convoy se detenía como esperando. Los pequeños arroyos, pletóricos, se desbordaban formando miles de cascadas diminutas de amarillenta agua, los cuales venían á inundar el camino, semejante á un río, donde rodaban la arena y el granizo entre hojas, pequeños palos y basuras.

Moore, que no llevaba manga ni impermeable, se mojaba estóticamente haciendo visajes é intentando ver á través de sus anteojos llenos de gotas diamantinas, las cuales convertían en convexos los vidrios bicóncavos.

El afeminado se bañaba en plena regadera para quitarse el fango, agarrado con ambas manos de la tablilla donde iba sentado, y algunos rancheros con las cobijas dobladas, inútilmente se defendían del chaparrón.

El austriaco Snurff (Guanzarotas) abotonado hasta las orejas con un magnífico capotón amarillo, con el palo del azote hacía señas al yankee que no veía nada.

Tres ó cuatro veces la lluvia nos dió pequeñas treguas, para volver con mayor abundancia en ondas cerradas, que pasaban sobre nosotros continuamente. Después el aire fué disminuyendo hasta perderse y el aguacero en todo su apogeo caía vertical y tan compacto, que no veíamos á veinte metros de distancia y una obscuridad tenue, llena de reflejos violáceos, semejaba la hora en que empiezan á brillar las estrellas. Más de media hora duró de aquella manera, hasta borrar el camino, pues todo parecía una laguna, á través de la cual caminábamos á tientas. Después, poco á poco fué disminuyendo hasta convertirse en menuda lluvia que despejaba un tanto el horizonte. Los truenos retumbaban largamente ya un poco distantes, y los arroyos en furiosas corrientes retorcidas, llenaban el campo con su golpear sonoro.

Lo que debíamos haber andado en diez minutos, más de una hora tardamos en recorrerlo pesadamente. Al llegar donde empezaba la bajada de El Zotol, ví que el valle estaba cubierto pa-

ra nuestra mirada por el espeso telón plumizo de la lluvia, y las líneas quebradas, vivísimas, de los rayos, lo rasgaban á cada momento, iluminando las nubes como blocks enormes de hielo. Al W., todavía sobre las montañas, la tempestad obscurecía el azul de éstas y en la sierra, á nuestra espalda, se formaban nuevas nubes en las crestas más altas, semejantes á velos prendidos de los pinos, y de las cañadas subían espesas neblinas como humos blancos.

El coche en que iba Doña Gertrudis se detuvo y ésta me llamó. Levantando la mojada cortina, me dijo:

—Gracias, Colt, por su compañía. Regrésense ustedes. Con gusto los veré en la hacienda. Ahí tienen su casa.

—Perdone usted, señora Condesa, que esta vez no obedecemos sus órdenes: la noche está próxima, los ríos crecidos, y tras éste vendrán otros aguaceros. Acompañándolas, quizá podamos serles útiles.

—¡Oh, gracias, gracias!—y sonriendo con agradecimiento bajó la cortina, pues la lluvia les mojaba las manos y rodillas.

La niña Gertrudis, metida entre la Condesa y Doña Ramona, me vió con espantados ojos un momento.

La bajada, muy larga, fué difícil y laboriosa. Entre la arcilla, que parecía jabón, las patas de los animales se hundían profundamente, sin encontrar apoyo firme y resbalaban, dejando largos surcos por donde el agua corría inmediatamente.

Varios ginetes cayeron, entre ellos Moore, que dió un gran susto á María Teresa y Rosa Elena, pues fué á dar de costillas hasta la orilla del cerco que formaba acantilado sobre la pendiente falda.

Cuando llegamos al valle para seguir por los flancos de pequeños altozanos, era de noche. La tempestad, muy lejana, iluminaba con intermitente relámpagueo las moles oscuras de las montañas y las masas de los bosques inmediatos. Los surcos de

los sembrados, llenos de agua, parecían un enorme pentágrama de rayas blancas sobre papel negro.

Un arroyo que seguía paralelo al camino unos cien metros, zumbaba de una manera formidable entre las piedras, que hacía rodar la tumultuosa corriente. La lluvia terminó del todo, y sólo de las copas de los árboles caían gruesas gotas ó las ramas de los arbustos, al sacudirlas, nos salpicaban los ojos.

—Hay que picarle un poco,—exclamó en la obscuridad el cojo Luna,—para ver si pasamos el Rfo de los Sabinos antes de que llegue la creciente.

Todos comprendimos lo acertado de la observación, y cada cual estimuló como pudo á los mojados animales de los coches para que trotaran; pero lo profundo de las sombras y lo fangoso del camino, hicieron inútiles todos los esfuerzos. Al claac-claac de los cascos en el fango acompañaba el lejano retumbar de los truenos, y entre los charcos de los bosques, nopaleras y malezas, el monótono cloar de las ranas escondidas, acompañó nuestra marcha lenta y pesada, por mucho tiempo. Casi nadie hablaba. Como pasáramos por las inmediaciones de un rancho escondido entre dos pequeños cerros, el cojo Luna, siempre previsor, envió á dos soldados y tres rancheros para que trajeran ocotes.

Encendidos seis hachones humeantes, los cuales sostenían rancheros y soldados con los brazos en alto, á la luz rojiza que proyectaba nuestras sombras en formas grotescas sobre los rebajes del camino, pudo verse éste y la marcha fué más rápida. A poco andar, salimos á una parte dura que estaba en ligero declive y se recuperó parte del tiempo perdido. Entre todos, Moore, con la ropa pegada al huesudo cuerpo y la gorra como una ampolla, recordaba al inmortal manchego, cuya última edición ilustrada era, por su ridícula figura, famélico caballejo y desvelado amor en pos de su dulcinea.

En unos barbechos rodeados de mezquites y álamos, una claridad fugitiva nos trajo la esperanza de que nos redimiera con

sus blancos rayos la reina eternamente pálida de las noches, y de improvisó surgió radiante entre la rasgadura de dos nubes negras que en rápido vuelo se rompían en desiguales girones. La luz, que es alegría, porque es vida y verdad, volvió la fuerza y el estímulo á hombres y animales; pero cuando trotábamos rápidamente, las nubes ocultaron la luna. Después volvió á aparecer y á ocultarse, y entre los nubarrones que corrían con dirección al valle, ella cruzaba veloz cual si fuese una lancha de plata y nácar entre tumultuosas olas de espuma: la diosa Astarté naciendo.

Poco antes de llegar al Río, la marcha fué muy lenta: el camino estaba lleno de agua y arena que aprisionaba las ruedas y entorpecía el paso de los animales. Al dar una vuelta tras un promontorio de tierra (un cuecillo), el río se nos presentó á la vista: el ruido no acusaba una tumultuosa y abundante corriente, aun cuando se viese casi lleno. Llegados á la orilla, hicimos alto y se conferenció.

—Se puede pasar todavía—dijo el cojo Luna.—La creciente no ha llegado y sólo lleva el agua de los arroyos de abajo.

—Parece muy lleno—objetó Luis.

—Su calma es sospechosa—añadió Moore, apeándose de su rocín y dando zancadas hasta la orilla del agua, que se movía en continuos flujos y reflujos. Ellas se asomaban por las portezuelas alzando las pesadas cortinas, y la Condesa pidió consejo á varios, sucediendo lo de siempre: que todos se contradecían.

—Será mejor—les dije—hacer una exploración tres ó cuatro á caballo.

—Bueno—contestó Luna—pero cuanto antes, porque si no, llega la creciente y nos corta. ¿Quiénes vamos?

Se ofrecieron muchos. Luis, que hablaba con Rosa Elena pie de la berlina, le dijo:

—Yo voy.

—Sí, vaya usted—y le tendió la mano, que él estrechó hasta cerca del pecho.

—Yo también voy—dijo el gringo.

—Sí—exclamó María Teresa.

—No,—interrumpió la hermosa,—porque su caballo de usted es muy débil.

—¡All righth!—dijo, y se quedó con ambos pies en un charco.

Luis, Luna, Secundino, yo, dos rancheros y dos soldados, entramos al río de cuatro en fondo. A los primeros pasos el agua dió en el cincho á los caballos. El cojo observó:

—Se está cargando la corriente para acá y va á hacer un barranco.

A los ocho metros subimos: el agua tendría como cuarenta y cinco centímetros y el espejeo de la luna sobre las ondas mareaba. El río en ese lugar tiene una anchura de setenta metros. Cuando llegábamos al centro ví que el Boy ladraba, aullando en la orilla, y hasta ese momento advertí que venía con nosotros. En vano fué que Rosa Elena, María Teresa, Moore, Angela, Snurff y casi todos le hablaran, pues al verme lejos y notar que iban á agarrarlo por el collar se echó al río valientemente. Al principio, nadando, la corriente lo hizo declinar; pero cuando tocó el piso, empujándose con las patas daba saltitos, abriendo el agua con el pecho. La luna nos iluminaba de lleno colocada en el centro de un gran claro de nubes, y río arriba se veía la corriente salir en suave curva entre los troncos de corpulentos sabinos. cuyas frondosas copas ennegrecían el cauce, como si fuera un túnel muy amplio.

En la margen opuesta encontramos otra parte honda: los caballos entraron hasta *los encuentros*, y la corriente, un poco fuerte, nos empujaba á unos sobre otros, pero sin desorganizarnos.

—Sí, se puede pasar ayudando á las mulas á cabeza de silla,—dijo Luna.

Al regreso encontramos á mi perro á la mitad del vado. Luna lo lazó por el cuello dándome la reata, pues á mí era á quien

seguí. Cuando salimos dió varios saltos, contentísimo, sacudiéndose de la cabeza á la cola.

Después de alguna discusión, la cual exasperaba al cojo, por la pérdida de tiempo, se acordó que pasaría por delante el coche más ligero, que era la berlina, y que tres ginetes ayudaran á las mulas *á cabeza de silla*. Se hicieron los preparativos: Snurff, quitándose su capotón amarillo, que arrojó encima de otro coche, subióse al pescante empuñando riendas y azotes.

Apretamos los cinchos de nuestras sillas, y Luna, Secundino y un ranchero, lazando con sus reatas los gollorines de las mulas delanteras se pusieron al frente, avanzando con lentitud; pero cuando la berlina estuvo inmediata al río, Angela y Josefina se soltaron chillando como locas y diciendo ¡no, no! con miedo desesperado. En vano fué que Rosa Elena y hasta María, que también tenía miedo, les hablaran tratando de convencerlas de que no había peligro, pues apenas veían la gran extensión de agua volvían á chillar.

El cojo y Snurff maldecían gruñendo. Hubo que bajarlas, y metiendo los piececitos en los charcos y en el fango fueron á acomodarse en otros coches, donde provocaron violentos altercados por cuestiones de lugares y comodidad.

Avanzamos todos entrando al agua resueltamente los tres jinetes, pero las mulas, siempre desconfiadas y ariscas, olfateaban el río, estirando las orejas y queriendo retroceder. ¿Era un presentimiento? Snurff, con dos ó tres azotes que silbaron por el aire y algunos gritos guturales en alemán y castellano, obligó á los nerviosos cuadrúpedos á entrar, y cuando el coche bajó rápidamente, las ruedas se cubrieron hasta arriba de los ejes.

Luis y yo íbamos á los lados del coche; y Moore, en su flaco animalejo, atrás, le apaleaba sin compasión. Los jinetes en firme estiraron y la berlina avanzó; pero el agua, represada por la caja, azotaba la portezuela.

—¿Entra agua?—preguntó Luis.

—Sí—contestó alegre Rosa Elena;— pero ya pusimos los pies en los asientos de enfrente.

Pasada la parte honda, las ondas sólo bañaban los estribos del coche; pero ahí las piedras, arrastradas por la corriente, eran muchas y las ruedas delanteras, chocando rudamente daban fuertes oscilaciones á la lanza. Snurff, de pie, gritaba en castellano, alemán é inglés, blandiendo el azote con su formidable puño. De pronto una rueda delantera tropezó con una piedra grande, deteniéndose todo de golpe y girando las ruedas del tronco en sentido contrario. Azotó el austriaco, los jinetes estiraron y la rueda brincó al fin, ladeando la berlina; pero apenas había andado unos seis metros chocó con otra piedra más grande. Blasfemaron Snurff y Luna, y como aquél azotara y los jinetes, echándose hacia adelante, pusieran sus caballos á todo empuje, el esfuerzo fué grande, y tronando un fierro, el coche se empinó sobre el pescante, ladeándose un poco. Estábamos á la mitad del río.

—¡Se rompió el perno del juego!—gritó el rancharo que servía de sota á Snurff.

Este soltó una brutal interjección, muy ordinaria y sonora, y Luis le gritó furioso que se callara.

En efecto, el eje vertical del avatrén se había partido en dos pedazos y sólo las planchas de engace, ya vencidas, unían las ruedas delanteras con la caja. Snurff saltó al agua, corajudo, y con la reata de Luis intentó amarrar provisionalmente las partes separadas, pero había que acercarlas.

—Hay que recular las bestias—dijo el rancharo.

—Oh, no—murmuró Snurff—expegra momento; y con el agua á las rodillas dió vuelta, tomó el eje de atrás con sus dos manos, y apoyándose en la arena, con un hercúleo esfuerzo, arqueando la espalda, hizo avanzar todo el coche.

—Estar bueno, ¿he?—preguntó.

—Sí, señor—dijo el rancharo.

Metiéndose ambos después debajo, amarraron *encuetando* y

echando *nudos*. Iban á subirse, cuando Snurff se acordó de la piedra.

—¡Carr amba!—dijo tocándola con el pie—¡Pehgro la quito yo! A ver si puédemos

Metió ambos brazos hasta el pecho, y cuando buscaba por donde agarrarla, oímos en la orilla alborotada gritería de hombres y mujeres. Casi á un tiempo el cojo Luna y Secundino aullaron despleadamente:

—¡La creciente! ¡¡Ah!!

Sentí frío por todo el cuerpo y un miedo enorme me apretó por el cuello. En todo pensé instantáneamente: en mi padre, en mis hermanos, en las minas, en la gente que iba á perecer, en la causa, en lo que dirían, en las dos jóvenes y volviendo el rostro helado de terror, intenté ver la hinchada corriente por el estrecho cauce, ciento cincuenta metros arriba, aprisionada entre los troncos y raíces de los corpulentos sabinos. Aquello fué ¡un sálvese el que pueda! Snurff corrió como loco, el rancharo lo siguió cayendo y levantando, los tres jinetes soltaron las reatas y Luis gritó desesperadamente:

—¡Rosa Elena! ¡Rosa mía, ven!

Entonces me acordé de María Teresa. Moore, azotando su caballo, lograba apenas moverlo y le hablaba á la joven con ronco acento de angustia.

—Sálvate tú—le grité, quitándome la manga y tirándola al agua.

María Teresa y Rosa Elena, con la agilidad y destreza que dan los trances apurados, se echaron fuera por ambas portezuelas, y yo, tomando á la primera por el talle con el brazo derecho, la senté sobre la cabeza de la silla. Igual cosa hizo Luis con Rosa Elena. Hundí las espuelas á mi caballo, que por fortuna era grande, fuerte y brioso, y saltando más que trotando entre la corriente, intentamos alcanzar la orilla. El caballo de Luis nos seguía jadeante á dos metros. Cuando mi caballo dejó flotar la cola en

la parte honda, ví que la creciente, de golpe salía á lo ancho del talweg del río y se desbordaba con ruido enorme, que se me figuró como el derrumbe de un cerro. Aquello no parecía agua: se nos venían encima, rodando, grandes troncos secos, nopales, piedras, palmas, árboles enteros, basuras, y entre todo eso, algo ligero como lodo muy blando que reventaba adelante, azotando con tal fuerza, que el lecho, casi lleno, parecía estar seco.

Entre el ruido que producía la avenida, oí apenas algo como una gritería lejana de miles de voces.

Nos faltaban cinco metros para salir, cuando la creciente estaba ya á unos cincuenta metros de nosotros. La angustia y desesperación que nos enmudeció á Rosa Elena y á mí, hacía gritar á María Teresa y á Luis de manera horrible, sacudiéndolos como locos furiosos. El agua, aumentada en olas, casi me llegaba á la cintura, cubriendo á María Teresa hasta las rodillas, cuya falda flotaba recogándose á los lados. La joven, en el colmo del miedo pánico me abrazó por el cuello fuertemente, gritando, mientras yo clavaba las espuelas por las ijadas al caballo, sostenía á ella con la derecha por su talle largo y flexible y con la izquierda aflojaba la rienda para que el animal, estirando el cuello, pudiera luchar. A nuestro lado, un metro atrás, la cabeza del caballo de Luis resoplaba anhelante con los ojos muy abiertos. Por fortuna para nuestras vidas, un tronco seco de enorme sabino se atravesó agarrándose de la orilla y de unas rocas del río, y formando represa contuvo la corriente por algunos segundos, muy breves, pues hinchándose en el acto, saltó por tramos, en cataratas, ondulando la mayor parte para el lado opuesto, donde al encontrarse con otra formó en el centro un remolino que alzaba enormes crestas. Una de estas empujó de lado á la abandonada berlina y las mulas, espantadas, intentaron correr pateando y enderezándose rígidas. Cuando los cuatro salíamos sin aliento, temblorosos por el esfuerzo y acosados por el agua que subía, el tronco seco, rompiéndose, abrió sus dos brazos arrojando una

ola horrible que en un instante cubrió la berlina haciéndola rodar como cáscara de nuez. Las infelices mulas rodaron también en espantosa mezcla con palos, árboles y piedras, enseñando á veces las patas, las cabezas y los lomos arqueados. Minutos después alejose el ruido, pasó aquel tumulto y el río, como ensanchándose tranquilamente, se cubrió de un lado á otro con la superficie rizada y suave, donde la luna jugueteaba en mil reflejos blancos.

Tras breve momento de estupor, entró á un tiempo en nuestros agitados corazones una alegría salvaje, hija de natural egoísmo ó amor á la vida. Luis se dejó resbalar por la cola de su caballo, después de acomodar á Rosa Elena con la rodilla doblada sobre la cabeza de la silla, y yo hice lo mismo. Todos, ellas y nosotros, el Cojo, Secundino y el rancharo, nos estrechamos las manos con viva efusión de cariño, de igual á igual, en franco compañerismo, y hasta con deseos de abrazarnos.

Luis, de pie á un lado de su hermosa adorada, tomó la blanca mano de ésta llena de sortijas, con ternura y amor exquisitos; y como ella, sonriendo, se la abandonase, llevósela á los labios, besándola en los dedos largos y torneados, en la piel tersa y suave, en la palma rosada, con glotonería insaciable de sediento y adoración infinita de fanático, que le sacudía las piernas, incitándolo á ponerse de rodillas.

—Ya, ya basta, ya—le dijo en murmullo suave, que era una caricia; y al retirarla, apretó con sus dedos las manos de Luis.

El cojo Luna, que componía á un lado la silla de mi caballo, sobre el cual estaba María Teresa, dijo:

—¿Y Don Guillermo Moore?

—Ah,—gritó la joven como si despertara—¿Y Guillermo? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Ah! vamos, vamos á buscarlo! ¡Vamos!

Su acento angustioso nos conmovió á todos. En aquel momento nacía el amor en su corazoncito joven pero tal vez

tarde. Así lo supuse al ver la corriente del río cuando avanzábamos por la orilla para abajo, buscando á Moore, más por complacer á María Teresa que por tener la más leve esperanza de encontrarlo. A nuestros gritos contestaban del lado opuesto donde se desgañitaban.

Pesada sombra de tristeza amortajó la alegría naciente en nuestras almas, pues era indudable que Snurff, Moore y el ranchero habían perecido en la demanda. Como llevaba del bozal el caballo, ví á María Teresa con los ojos llenos de lágrimas, las cuales le caían sobre el pecho, rodando una tras otra por las pálidas mejillas.

A uno de nuestros gritos oímos que contestaba una voz apagada en un arroyo afluente inmediato. Pensamos que Moore estaba por ahí, moribundo, y corrimos entre el fango, tropezando con los surcos fofos donde se hundían nuestros pies, pesados por el lodo arcilloso adherido. Nuestra sorpresa fué grande cuando vimos al yankee sin sombrero, sentado en el suelo á la orilla del agua, con las piernas abiertas y entre ellas á mi perro El Boy.

—¿Por qué no contestabas, animal? ¿Qué diablos haces ahí? —le preguntamos.

—Oh, este perro chulo y yo nos salvamos juntos, rodando abrazados y resollamos ahora bien aquí. El agua y los palos nos dieron vueltas desde allá; pero yo me agarré de aquellas raíces y con las piernas sostuve al Boy. Luego subimos juntos. Oh, miren al perro bueno, tiene quebrada una pata; ¡pobre amigo! Y qué agua tan fría . . . ¡chises! . . . Es hielo . . .

María Teresa saltó del caballo, sostenida por Secundino, y fué á abrazar á Moore, el cual, roto, enlodado y sin anteojos, se puso de rodillas con movimiento entre serio y cómico, y abriendo los largos brazos estrechó á María Teresa por el talle, diciendo:

—¿Qué noche tan más bonita! ¿Verdad, María?

—Sí, sí,—exclamó ésta riendo y bebiéndose las lágrimas.

En la margen opuesta también habían corrido río abajo, y co-

mo la luna se ocultaba otra vez, los ocotes encendidos de nuevo bañaban sus figuras con luz incierta. Empezaron los gritos; pero no se oía con claridad. Bajamos hasta una parte en que el río sólo tiene veinticuatro metros, aprisionado entre dos lomas redondas de metapórfidos y tobas. Ahí el agua era muy profunda, y de un puente muy antiguo sólo quedaban los estribos. Nos pusimos al habla.

—¿Quién se hogó?—preguntaron.

—Acá naiden—contestó Luna.—¿Y allá?

—Tampico—gritó Snurff.

—¡Guanzarotas!—chilló Moore.

—¡Llorona de la diabla!—aulló el austriaco.

—Qué bunita danzón.

—¡All righth! Mucho bueno.

Charlábamos todos á gritos, con inmensa alegría, arrebatándonos las palabras, pidiendo noticias y refiriendo cada cual lo suyo.

La obscuridad casi era completa, y sólo los del lado opuesto tenían luces. Un rayo culebreando sobre nuestras cabezas en exposición instantánea, imprimió en el fondo de nuestras pupilas rápida visión de objetos y hombres. Nadie había advertido que otra tempestad se nos echaba encima. Eduardo González gritó:

—Voy á avisar á la señora que todos están cabales y que se van pa la casa grande. Nosotros iremos á pasar la noche á la Estancia del Sáuz que está cerca. Ay viene l'agua otra vez. ¡Hasta mañana!

No había sino la manga de Luis para cubrir á Rosa Elena, pues Luna y yo, en el momento crítico, por necesidad habíamos arrojado las nuestras al río para estar ágiles. Entonces entre Moore y Snurff se entabló este curioso y original diálogo en alemán, en cuya traducción es difícil conservar la chusca seriedad irónica que ellos le dieron:

—Leihe mir deinen Regenmantel—chilló Moore.

—Yx ch warde nass—contestó Snurff.

—Es ist um Franlein Marié Therese zn Schützen.

—Ich wunsche ihn anch um Salomé, meinen Schatz zndecken die ich anbete.

—Es wird deineoscits eine gute Handlung sein ihn min znleihen.

—Jhn mir abznkanfer ware besser. Ich verkanfe ihn dir.

—Was Kastet er?

—¡Hundest Thaler!

—Gut.

—Und mein Geld?

—Ich gebe es der in der Mine.

—Schwöre es!

—Anf mein Ehrenwort (1).

Snurff arrojó con fuerza dos reatas unidas por *las jondillas*, quedándose con el otro extremo en la mano izquierda. Amarró en el centro el capote y *dando sogá* Moore lo recogió. Alegrememente decía el austriaco;

—Bueno, yo mojado mucho pellejo mío todo. ¿Para qué capote? Oh . . . ¡Hundest Thaler!

(1) —Préstame tu capote de hule.

—Yo me mojo.

—Es para cubrir á la señorita María Teresa.

—Yo también lo quiero para tapar á mi novia Doña Salomé, á quien adoro.

—Será una buena acción tuya; préstamelo.

—Mejor será comprándomelo; te lo vendo.

—¿Cuánto vale?

—Cien pesos

—Bueno.

—¿Y mi dinero?

—Te lo daré en la Mina.

—Júralo

—Palabra de honor.

Llovía: gotas pequeñitas al desprenderse de las nubes muy bajas, nos envolvían en una espesa bruma, y esa lluvia sutil cambiaba de improviso, sin transición, en aguacero sonoro con gran acompañamiento de relámpagos y truenos. El campo silencioso y mudo, recibía aquella fecundación, aletargado y soñoliento.

Cuando salimos al camino, Moore se detuvo para amarrarle la pata al Boy, que cojeaba lastimosamente, y yo acomodé á María Teresa sobre mi caballo lo mejor que se pudo. Luis, que hacía otro tanto con Rosa Elena, al notar que la silla iba mal puesta, le dijo:

—Bájese usted un momento sobre este montón de arena.

La hermosa, tímidamente, susurró apenas:

—No puedo . . . porque . . .

—¿Qué tiene usted? preguntóle Luis alarmado.

—Que estoy descalza . . . por el río . . . Luego añadió riéndose con Luis:—Soy torpe llevando al campo calzado de *boulevard*.

—Tengo mucho frío de las rodillas á los pies—me decía María Teresa.—¡Qué agua tan helada! ¿Por qué será?

—Por el granizo,—le contesté.

—Buen frío—murmuró Moore;—casi estoy agarrotado, ¡chises!

—Está quieto mi amigo—añadió dirigiéndose al perro, cuya pata enredaba con pañuelos á manera de vendas, sentado *en cuclillas*.

Luis y Rosa Elena charlaban aparte, muy quedo. Con ambas manos tenía aprisionado Luis un piecito de la joven y lo oprimía dulcemente sobre la mojada media, cual si tratase de calentarlo.

Era un pie infantil, delgado y largo, lleno y suave, que lo fino de la seda modelaba perfectamente, dándole la tersura que produce en el tacto exquisitas sensaciones. El enamorado, con deseos de besarlo, en el deliquio de su pasión, le recitaba á ella con voz trémula, el soneto de Ayala:

